



El trabajo: Cuando los niños participan en la vida del hogar

Por HeyZeus Oak

Cualquiera que haya pasado tiempo con un niño pequeño en la cocina conoce ese momento. Estás tratando de terminar de preparar la cena cuando una silla se arrastra por el piso. Un niño pequeño se sube a tu lado y estira la mano con entusiasmo hacia lo que estás haciendo. Si estás revolviendo la sopa, quiere revolver. Si estás lavando los platos, quiere tomar la esponja. Si estás cortando verduras, observa con atención y pregunta si puede ayudar.

Para el adulto, este momento puede sentirse inconveniente. El trabajo se vuelve más lento. El agua se derrama. La harina se esparce sobre la mesa. Una tarea que podría tomar diez minutos cuando se hace solo de pronto tarda mucho más con un pequeño ayudante al lado. Sin embargo, en estos momentos se revela algo importante. El deseo del niño de participar en el trabajo del hogar no es algo que tengamos que enseñarle. Ya está presente. Los niños pequeños no quieren ser entretenidos mientras la vida sucede a su alrededor. Quieren formar parte de ella.

En los primeros años los niños aprenden principalmente por imitación. No están esperando explicaciones ni lecciones cuidadosamente diseñadas. Más bien observan los gestos de los adultos que los rodean y poco a poco comienzan a intentar esos mismos gestos por sí mismos. Los movimientos de barrer, revolver, cargar, limpiar y doblar se absorben mucho antes de que puedan comprenderse con palabras.

Cuando un niño está junto a un adulto preparando comida, regando plantas o limpiando una mesa, recibe una imagen viva de lo que significa cuidar el mundo. Por esta razón, el trabajo cotidiano del hogar tiene un profundo valor para el desarrollo. Para los adultos estas tareas pueden parecer repetitivas. Hay platos que lavar, pisos que barrer, ropa que doblar, comidas que preparar. Pero para un niño pequeño estas actividades están llenas de significado. Ven a los adultos ocupados en acciones con propósito, acciones que claramente importan, y naturalmente desean entrar en ese mundo.

La cultura moderna a menudo responde a este impulso ofreciendo a los niños actividades separadas. En lugar de participar en el trabajo real, a los niños se les dan tareas para mantenerlos ocupados. Se recorta papel en distintas formas. Se hacen manualidades solo para producir algo. Pero los niños rara vez se satisfacen con este tipo de ocupaciones por mucho tiempo. Instintivamente reconocen la diferencia entre el trabajo verdadero y las actividades creadas solo para distraerlos. Doblar la ropa junto a un padre, limpiar la mesa después de comer, enjuagar verduras en el fregadero o ayudar a llevar las compras desde el auto se sienten significativos porque realmente lo son. Estas acciones contribuyen de verdad a la vida del hogar.

Además de ese sentido de propósito, el trabajo doméstico ofrece ricas experiencias sensoriales para el niño en desarrollo. Barrer involucra todo el cuerpo en un movimiento rítmico. Lavar los platos pone las manos en contacto con agua tibia, jabón y superficies lisas. Amasar masa ofrece resistencia y transformación bajo las manos. Cargar leña o bolsas del mercado introduce peso y equilibrio. No son simplemente tareas domésticas. Son experiencias sensoriales profundas a través de las cuales el niño entra en contacto con el mundo físico.

En la educación Waldorf comprendemos que el niño pequeño se desarrolla principalmente a través del fortalecimiento de la voluntad. Antes de que el pensamiento intelectual se convierta en la actividad central del ser humano, el niño necesita aprender a actuar en el mundo con propósito. El movimiento, la imitación y la actividad con sentido son los caminos a través de los cuales esta capacidad crece.

El trabajo del hogar ofrece precisamente este tipo de experiencia. Cuando un niño limpia una mesa, vierte agua en un recipiente o lleva ropa de un lugar a otro, sus acciones producen resultados visibles. La mesa queda limpia. El recipiente se llena. La ropa se mueve de un lugar a otro. Poco a poco el niño comienza a experimentarse como alguien cuyas acciones pueden transformar el mundo que lo rodea.

Por supuesto, cuando los niños pequeños ayudan, los resultados rara vez son eficientes. Un niño que limpia la mesa puede dejar algunas migas. Una escoba puede dispersar la tierra tanto como recogerla. Las toallas dobladas pueden parecer pequeños montones en lugar de pilas ordenadas.

Sin embargo, la eficiencia no es lo más importante en los primeros años. Lo que realmente importa es la experiencia que el niño lleva dentro de sí. Cuando los niños son bienvenidos a participar en el trabajo del hogar, comienzan a sentir que sus esfuerzos tienen valor. Sus manos no son solo para jugar. Sus acciones forman parte de la vida que los rodea.

Con el tiempo esta experiencia moldea la relación del niño con la responsabilidad. Los niños que son invitados a ayudar cuando son pequeños a menudo continúan haciéndolo de manera natural a medida que crecen. El impulso de contribuir ha sido protegido en lugar de ser apartado.

Muchas familias experimentan la situación contraria. Un niño que nunca ha sido incluido en el trabajo del hogar de pronto llega a una edad en la que se espera que tenga responsabilidades. Como el trabajo siempre ha pertenecido a los adultos, el niño siente esas tareas como algo impuesto desde afuera.

Pero cuando los niños crecen participando en la vida diaria del hogar, ayudar no es algo extraño. Simplemente es la forma en que funciona la vida. Llevan los platos al fregadero, recogen los juguetes después de jugar o barren el piso después de una comida sin que nadie se los pida. El niño comienza a experimentarse no como un observador pasivo, sino como un miembro que contribuye al hogar.

Los beneficios de esta experiencia se extienden mucho más allá de la infancia. Los niños que crecen participando en trabajos significativos desarrollan un fuerte sentido de competencia y responsabilidad. Aprenden que sus esfuerzos tienen valor y que los espacios que habitamos merecen cuidado. Al mismo tiempo, la vida familiar se vuelve más equilibrada. El trabajo del hogar ya no descansa únicamente sobre los hombros de los adultos, sino que se convierte en algo compartido.

Los niños pequeños están llenos de energía y movimiento. Quieren cargar, verter, revolver y construir. Cuando los invitamos a participar en el trabajo real de la vida cotidiana, esa energía natural encuentra una dirección significativa. Y algo más comienza a crecer silenciosamente dentro del niño. Empiezan a sentirse capaces. Empiezan a sentirse útiles. Y, sobre todo, empiezan a sentir que pertenecen.

El niño pequeño que una vez se subió a una silla para ayudar a revolver la sopa no permanecerá pequeño por mucho tiempo. La infancia pasa rápidamente y, antes de darnos cuenta, se están moviendo hacia el mundo más amplio. Sin embargo, la experiencia de pertenecer a la vida del hogar puede permanecer con ellos.

Cuando nos detenemos lo suficiente para invitar a los niños a participar en el trabajo cotidiano, les ofrecemos algo mucho más grande que una simple tarea. Les mostramos que cuidar los espacios donde vivimos y a las personas con quienes compartimos la vida es simplemente parte de ser humano.

Y muchas veces todo comienza con algo muy pequeño: un niño que acerca una silla al mostrador y pregunta si puede ayudar.

Biografía del autor

HeyZeus Oak es el director y propietario de Heart in Hand Preschool en Portland, Oregon, un programa de educación infantil Waldorf completamente certificado y miembro de WECAN. Es mentor formado a través del Center for Anthroposophy y dedica su trabajo a cultivar reverencia, ritmo y belleza en la vida de los niños pequeños.